



EL GENERAL LA PORTILLA



Supo gran fama alcanzar por su talento y pericia, que en su vida militar ha conseguido hermanar la ciencia con la milicia.

En sus fuerzas ha logrado tener siempre disciplina; y es para todo soldado mas querido y respetado su fagina, que la fagina.

Enérgico es al mandar, acertado al discurrir, con valor para luchar. Es joven, debe esperar muy brillante porvenir.

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS



La lluvia de estos días ha venido á privarnos del mas grato de los placeres con que nos brinda la estación estival; el de refrescar nuestras carnes con economía, equidad y aseo.

Es un entretenimiento delicioso, higiénico y que sale por una friolera.

No hay mas que irse á un muelle, despojarse de la ropa y arrojarla al seno de las ondas azuladas.

El verano es una hermosura aunque no sea mas que por esto, y así es que maldecimos de los días lluviosos que no nos permiten disfrutar del líquido elemento en clase de personas aficionadas á la frescura y al *sport* acuático.

Los muelles se llenan de bañistas, las playas ofrecen pintoresco aspecto y la naturaleza sonríe.

La vida de la playa es encantadora, amena y entretenida. Reinan en ella la familiaridad y la confianza. Como que allí fraternizamos y nos codeamos todos andando hasta sin elástica, á manera de personas primitivas aunque de natural sencillo.

En las clases populares ya no hay mas que pedir.

Hay bañistas de condición humilde que prescinden de toda ropa y que se pasean por la playa con sus propias pieles, como salvajes mansos.

En cambio, las clases privilegiadas encuentran allí ocasión de hacer un derroche de buen gusto y alarde de la elegancia que las caracteriza.

Ahora las damas *chic* han relegado al olvido la clásica túnica de tartán oscuro y los hombres han renunciado al prosaico calzoncillo recortado por mitad de la pierna que usaban nuestros padres.

—¡Caramba, que hermosa está la señora de Boliche!—exclaman los curiosos que acuden á la playa con propósitos cuncupiscentes.

—¡Y qué distinguida!

—¡Y qué interesante!

Porque en efecto, la amable señora de Boliche avanza sobre la «menuda arena» luciendo un traje de baño lindísimo, con su blusa *coquelicot* con *berta* de encajes color musgo, su pantaloncito corto y una pamea de paja adornada con tres peonías y un nido de aves del paraíso que dá gusto verlo.

En estas exhibiciones hemos llegado al máximun de la coquetería, y día vendrá en que las damas aristocráticas tomarán el baño sentadas en una mecedora de bambus dorados y tocando el arpa.

Convenzámonos de que los baños, mas que sistema curativo, han venido á ser un motivo de recreo y una ocasion para que demostremos nuestro buen gusto y para que demos á conocer de una manera decente nuestros encantos naturales.

Las jóvenes surgiendo de entre las olas son una seducción, y es indudable que por este medio las chicas casaderas tienen mayores probabilidades de impresionar á la juventud masculina y de rendirla con sus hechizos.

La verdad es que hay bañistas hermosísimas que hacen pensar con envidia en los besugos que las ven tan de cerca, pero también es cierto que hay otras que mas que mugeres en el agua parecen unas piardas grandes que salen á la superficie.

Hay aquí un matrimonio con cuatro hijas—y no se ve fuera de ellas—que desde que se notan los primeros efluvios de la primavera hasta el día de difuntos acude consecuentemente á una de las playas mas concurridas de esta capital para dar á conocer á las cuatro niñas que parecen cuatro espadines.

—Báñalas, Juliana, báñalas, que la mujer en ese traje siempre es una tentación y el hombre á veces es irreflexivo—decía á su esposa el papá de las criaturas.

Y ellas bañar se bañan pero es claro, cada vez se ponen más delgadas y mas negras, hasta que un día, en la playa el buen señor, acaba por decir:

—Juliana, vámonos de aquí. Estas chicas se ponen cada vez más flacas, y la verdad es que con esas piernas no se vá á ninguna parte.

Y las muchachas abandonan aquel lugar renunciando al mundo y á sus ilusiones.

Nada tiene de extraño que alguna parte del sexo bello, frívolo por

naturaleza, lleve á las frescas playas estos secretos proyectos, cuando el hombre con ser hombre abriga en su pecho las mismas perfidias y también acude á la playa en clase de hermoso.

Algunos podrán no necesitar la absorcion del agua salobre, pero no importa; ellos ván al baño, se desnudan, se visten con caprichosos trages que realzan sus formas, y después de pasear su esbeltez en la arena, se lanzan al agua como diciendo:

—¡Soy un silfo de la localidad con canto de sirena que viene á robar vuestros amores, génios del mar. ¡Ondinas, venid á mis brazos!

En fin, que hay quien se pone en paños menores, con una camiseta y un pantaloncito á rayas color salmón en fondo lila, solo para rendir corazones y hacerse amar por las perfecciones físicas.

Cualquiera le dice á Serafin, mi amigo Serafin, un joven de la localidad, elegantísimo él y con unos ojos muy tristes:

—¡Hombre, Serafin, báñese V. en casa en una sella ó váyase V. á un sitio retirado. Con ese trage está usted hecho un mamariacho.

—¡Espíritus pobres!..—murmurará desdeñosamente alejándose convencido de que le envidiamos la musculatura y el traje de baño y hasta el bello rúbio de las pantorri-llas.

Los que presumen de buenos mozos son verdaderamente insufribles en tales ocasiones.

A cincuenta pasos de la caseta le paran á usted en medio de la playa, bajo un sol que achicharra, y haciendo flexion con las piernas exclaman en taparrabos:

—¿Qué tal le parezco á V.?

—Un hombre sospechoso—responde uno con sinceridad.

—Fíjese usted, fíjese usted en este cuerpo. Vea V. que brazo, toque usted este músculo, vea usted que dureza en la pantorrilla.

Y le obligan á uno á estarle pellizcando por todas partes con la natural repugnancia.

A Dios gracias no faltan tipos que observar por esas playas, en la inmensa variedad de gentes que acuden á remojarse la epidermis desde la señora mayor de vientre como un bombo hasta la joven recitilínea; desde el jóven bello y bien conformado hasta el señor de edad propecta y cubierto de pelo.

Hay mucho que admirar, eso sí, y si no fuera que las autoridades loca-

les encargadas de cuidar con celo de nuestro decoro y nuestro pudor, nos lo vedan, no faltarian admiradores de la forma humana que se pasasen las mañanas encima de una peña fumando pitillos y gozando del espectáculo de las señoras al natural.

Como la vigilancia no es perfecta, hay quien consigue burlar la previsión de los agentes del municipio que allí representan la honestidad, pudiendo á sus anchas gozar del picaresco espectáculo.

Estos no se meten en el agua.

Pero son los que se bañan... «en agua de rosas.»

Forcuato Ulloa

REMEMBRANZA

SONETO



Era una noche del otoño fría,
y sentados los dos cerca del fuego,
no sé si por temor ó por despego
separaba su vista de la mía.

Cada nuevo rumor la estremecía;
y de mis ojos desdeñando el ruego,
víctima de tenaz desasosiego
su rostro con las manos escondía.

Yo no acertaba á hablar; recio y seguido
soplaba el viento al rebramar sonoro
ya fingiendo amenaza, ya gemido;
semejaba el hogar un áscua de oro...
Ella de pronto se acercó á mi oído
y enrojeciendo murmuró: ¡te adoro!

E. L. DEL PALACIO.

UN CABECILLA

NO aquel molinero viejo y silencioso, que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del monte Rouriz, guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus facciones—que parecían talladas en durísimo granito—su historia trágica, hizo que con tal energía hubiésemme quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa, cuyo color apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos creo verle. Era nudoso, seco y fuerte, como el tronco de una vid patriarcal; los mechones grises y desmedrados de su barba, recordaban esas manchas de musgo que ostentan en las ocacidades de los pómulos las estátuas de los claustros desmantelados; sus lábios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva, de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil, echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta á batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida á su hijo Juan Maria, y se internaba en la montaña, seguro como lobo que tiene en ella su cubil. Cuando menos se le esperaba, reaparecía cargado con sus dos escopetas llenas de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano, de aspecto torpe y asustadizo, que, de fuerza ó de grado, venía á engrosar las filas. A la ida y á la vuelta, solía recaer por el molino para enterarse de como iban las *familias*—que eran los nietos—y de las piedras que molían. Cierta tarde de verano, llegó, y hallólo todo en desórden. Atada á un poste de la parra, la molinera desdichábase, y llamaba inútilmente á sus nietos, que habian huido á la aldea: el Morito aullaba, con una pata maltrecha en el aire: la puerta estaba rota á culatazos; el grano y la harina alfombraban el suelo; sobre la artesa se veían aún relieves del *yantar* interrumpido, en el corral, la vieja ucha de castaño, revuelta y destripada. El cabecilla contemplaba aquel desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse, acercóse á su mujer, murmurando con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

—¿A qué hora vinieron los civiles? ¿cuántos eran? ¿qué les has dicho?

La molinera sollozó mas fuerte. En vez de contestar, desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos, que tan gran destrozo hacian en la casa de un pobre, que con nadie del mundo se metía. El marido, la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado.

—¡Ay, demonio! ¡no eres tu la gran condenada que á mí me engaña! ¡Tú les has dicho donde está la partida!

Ella seguía llorando sin consuelo.

—¡Arrepara hombre, de que hechura esos verdugos de Jerusalem me pusieron! ¡atada mismamente como nuestro Señor!

El guerrillero, repitió blandiendo furioso la escopeta:

—Haber como respondes ¡puñela! ¿Qué les has dicho?

—¡Pero considera hombre!...

Calló dando un gran suspiro, sin atreverse á continuar, ¡tanto la imponía la faz arrugada del viejo! El no volvió á insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba á matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra, la empujó, obligándola á que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear.

—¡Ay! ¡hijos de mis entrañas! ¿por qué no habia de dejarme quemar en unas párrillas antes de decir dónde estábades? ¡Vos como soles! Yo una vieja con los pies para la cueva! Precisaba de andar mil años peregrinando, por caminos y veredas para tener perdón de Dios! ¡Ay mis hijos! ¡mis hijos!

La pobre mujer, caminaba angustiada; enredados los toscos dedos de labradora, en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía mesándose los y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empujaba con la culata de la escopeta, pero sin brusquedad, sin ira, como á vaca mansísima nacida en la propia cuadra, que por acaso cerdea. Salieron de la era, abrasada por el sol de un día de Agosto, y después de atravesar los prados del Pazo de Melías, se internaron en el hondo caminejo de la montaña, tan fresco con sus humedades de gruta; tan fragante con sus setos de florido sanco; tan lleno de alegres sustos con sus pasaderas bailarinas; tan amenazador con sus revueltas y encrucijadas; tan trágico con sus cruces negras que recuerdan algun sangriento suceso, y tan viejo ¡tan viejo! que hasta en las lajas tiene impresas las huellas de los carros; surcos llenos de agua turbia, que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo, en la trocha sombría, granítica y salvaje.

Anduvieron sin detenerse, hasta llegar á una revuelta, donde se alzaba un retablo de ánimas chafarrinado de añil y almazarron. El cabecilla, encaramóse sobre un bardal y oteo receloso, cuanto de allí, alcanzaba á verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo.

—Sabela, arrodíllate junto al retablo de las *benditas*.

La mujer obedeció temblando.

—Encomiéndate á Dios, Sabela.

—¡Ay, hombre, no me mates! Espera tan siquiera, á saber si aquellas prendas padecieron mal alguno! ..

El guerrillero se pasó la mano por los ojos; luego descolgó del cinto el clásico rosario, de cuentas de madera, con engaste de alambriillo dorado, y dióle á la vieja, que lo recibió sollozando. Aseguróse mejor sobre el bardal y murmuró austero:

—Está bendito por el señor Obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

El mismo, se puso á rezar con monótono y frio *visviseo*. De tiempo en tiempo, echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fué poco á poco serenando: en el venerable surco de sus arrugas, quedaban oscilantes las lágrimas: sus manos agitadas, por temblequeo senil, hacían sonar la cruz y las medallas del rosario.

Inclinóse, golpeando el pecho, y besó la tierra con unción.

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

—¡Hágase Jesús tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo, echarse la escopeta á la cara y apuntar, se levantó despavorida, y corrió hácia él con los brazos abiertos.

—¡No me mates! ¡no me mates por el alma de!!!...

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada.

El cabecilla, alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso; besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse á cargar la escopeta, huyó en la dirección de la montaña. Había columbrado, hacia un momento, en lo alto de la trocha, los tricornios enfundados de dos guardias civiles.

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé, recordando la manera asaz expresiva, con que despedí en la «Venta de Brandeso» al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad capada y granítica, de aquella esfinge, tallada en viejo y lustroso roble.

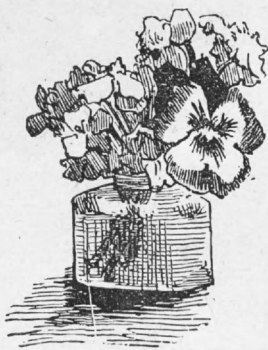
R. DEL VALLE INCLÁN

— — — — —

— — — — —

NO HUYÁIS

— — — — —



¿Por que temblais ¡oh pájaros del bósque!
al verme entrar de pronto en la enramada?
¿Por qué aturdidos huís abandonando
el nido que colgasteis de las ramas?
Tened el vuelo, dulces trovadores
de idilios y elegias sin palabras...
Parad, no huyais de mi, soy vuestro hermano,
como vosotros yo canto mis ansias.
No os asusteis al verme, hermanos míos,
volved á vuestras rústicas moradas
y en ellas ¡oh placer! dadme reposo
entre el mullido lecho de su grama.
Que yo vengo del mundo de los seres
al mundo de las flores y las alas
ansiando oír el canto peregrino...
de vuestras misteriosas serenatas.
Que yo como vosotros canto amores...
que yo como vosotros tengo amada...
Cantad, cantad, alados bardecillos,
llenad de notas bosque, mar y playa,
que yo soy en el mundo de los seres
el trovador de Lisis y de Lauras,
y quiero á ellas llevar vuestros cantares
para decir mi amor con vuestras arpas...

Manolo Bluc

— — — — —

EL IMPERIO DE LAS ROSAS

EL Reino de las Rosas podía servir en el tiempo á que se refiere mi relato, por modelo de naciones bien organizadas, prósperas y felices.

La cultura general era admirable: los centros de enseñanza difundían maravillosamente la ilustración: y á tales condiciones de inteligencia y de laboriosa y obstinada aplicación, unían los naturales del país una bondad proverbial en todo el mundo entonces conocido, un corazón magnánimo, un espíritu abierto á todas las generosidades.

La naturaleza colmaba de bienes á aquel pueblo bendito de Dios: y jamás ojos humanos vieron arroyos más claros que los de Rosas, ni cielo más azul, ni atmósfera más tibia y embalsamada. De la tierra brotaban á millones con facilidad prodigiosa las flores que daban nombre al Imperio, y con rosas parecía amasado el cuerpo de sus mujeres; y con olor de rosas formado su aliento.



El rey de aquel pueblo era mas que soberano padre amoroso de sus súbditos: consolaba al triste, lloraba con los desdichados y repartía con manos pródigas la felicidad. Su cetro no hacía nacer como las varitas de virtudes de los cuentos de hadas, tesoros y riquezas; pero donde se posaba surgía la esperanza y la paz.

De muy luengas tierras acudían las gentes atraídas por la celebridad de aquel reino. Los desdichados de todas partes, los corazones nostálgicos de amor, las álmás ansiosas de bien, llenaban constantemente en peregrinación penosísima el camino único, estrecho, escarpado, casi inaccesible que conducía é aquel oasis.

Aunque la fama del Imperio era tanta, los espíritus débiles, los impuros, los malvados, retraíanse de intentar la ascension atemorizados por los peligros y las molestias del viaje.

En las etapas de éste ibanse quedando atrás los rezagados, los faltos de energía, los enamorados de la malicia agradable y viciosa.

A las puertas de Rosas no llegaban mas que los varones fuertes, templados en la adversidad, limpios de corazón, sanos de espíritu.

II

Pues ocurrió que habiendo llegado á España, como á todas partes, la fama del Imperio de las Rosas, los tres hijos del monarca que entonces gobernaba nuestros destinos, se propusieron visitar la venturosa nación para implantar en la suya los adelantos que vieran establecidos en la de las Rosas.



El mayor de los príncipes que era fiero y valiente se pertrechó de todas armas y emprendió lleno de arrogancia el camino, dispuesto á librar cien combates para llegar al fin.

El hijo segundo era sabio; repasó afanosamente sus libros, refrescó el cúmulo de conocimientos atesorados en su memoria y se puso en marcha confiado en que su superioridad científica le haria vencer antes que los demás los obstáculos del sendero temido.



El tercero no era fuerte, ni sabio; no era hermoso como el primero, ni inteligente como el segundo: ni gustaba de guerrear como su hermano mayor: ni se dejaba absorber completamente por el estudio, como su otro hermano.

El rey solía pasarse meses enteros sin ver á sus dos primeros hijos; las aficiones guerreras del mayor teníanlo casi constantemente alejado de la Córte: era el primero que se alistaba para todos los combates y cuando reinaba la paz empleaba sus ocios en la caza mayor, peleando cuerpo á cuerpo con animales fieros á los que gustaba de vencer. La fama de su temple y la bravura de su corazón corrían en lenguas por todas partes y los hombres jóvenes envidiaban su arrojo, y las mujeres enamoradas señalában-

lo como modelo á sus amados.

El otro príncipe pasábase su vida entregado al estudio: dominaba las ciencias; cultivaba la alquimia y los hombres sabios del reino tenían en él puestas sus esperanzas y creían que la piedra filosofal era problema insoluble como él no lo resolviera.

El Benjamin no desdeñaba el estudio, ni la caza, ni la guerra cuando ésta dirigíase contra los enemigos de su pátria. Pero gustaba sobre todo, del bien, y los pobres bendecíanle mil veces al día, y las madres rogaban á Dios que formase el corazón de sus hijos como el del caritativo príncipe.

La Reina y el Rey sonreíanse orgullosos cuando alguien les alábaba la bravura de uno de sus hijos ó la ciencia admirable del otro: però los elogios que les llegaban al corazón eran los dirigidos al pequeño cuyas nobles acciones eran el mejor y más valioso brillante de su corona imperial.

—Y tu—dijéronle sus enamorados padres—no vas como tus hermanos al Reino de las Rosas?

—Iré cuando ellos vuelvan—contestó—porque no quiero abandonarlos.

El guerrero no pasó del primer tercio de la senda: pesábanle mucho las armas: el camino que era el más difícil de cuantos el jóven habia visto nunca, hacia imposible el trasporte de aquellos útiles que para nada le servían en aquel camino estrecho y solitario donde no habia peligro alguno que poder vencer con las armas.

El alquimista fué dejando entre las rocas del camino sus libros primero; sus redomas después: ni aún así pudo llegar á la cumbre: una tarde

cayó rendido, exhausto ya cerca de las brillantes puertas del Imperio de las Rosas; una melancólica puesta de sol llenaba el espacio de grana y ópalo; el sabio sintióse poseído de infinita tristeza, y lloró, ante las puertas del eden deseado, los años perdidos en estudios infructuosos para sus semejantes; y comenzó, lleno el corazón de amarguras, el descenso.

El Benjamin se despidió de sus padres cuando regresaron mohinos y tristes sus hermanos. Por equipage no llevó militares arreos, ni libros inútiles; guardó en su alma el perfume de los últimos besos de sus padres, en su oído el rumor de las bendiciones con que le despidieron sus súbditos, y empezó á escalar la empinada y abrupta senda.

Y anduvo mucho; muchos días y muchas noches. A veces sentíase desfallecer y reposaba un instante en el borde del camino. Un angel le cerraba los ojos y le proporcionaba en un segundo una hora de descanso.

Muy cerca de las Rosas bifurcaba el camino y el pobre mancebo se detuvo indeciso sin saber por donde seguir. Por uno de los senderos vió el jóven venir un tropel de mujeres hermosas. Una de ellas rodeó se cuello y le dijo:

—Ven; ven con nosotras: este es el camino de la felicidad.

El jóven la apartó de sí suavemente, y preguntó á un pobre leñador que vió llegar por la otra senda, cargado con un inmenso haz cuyo peso le rendía y encorbaba el cuerpo:



—Decidme, pobre viejo: ¿Sabéis cuál es el camino del Reino de las Rosas?

—Sí que lo sé.

—¿Queréis que os lleve el haz de leña, que es para vos tan pesada carga, y vos, en cambio, me serviréis de guía?

—Acepto con una condiciòn—dijo el leñador sonriendo dulcemente—con la de que me permitas subir sobre la carga de leña y que nos lleves á los dos á cuestas.

Dió su conformidad el jóven y comenzó la penosísima ascension; gruesas gotas de sudor caían de la frente del bondadoso príncipe, que tropezaba muchas veces agoviado por el excesivo peso.

Pero al cabo de algun tiempo notó que la carga se aligeraba: volvió la cabeza para ver si caía leña ó huía el viejo y no observó variación ninguna.

Sin cesar disminuía el peso, y el Benjamin volaba sin posar apenas los piés en el sendero.

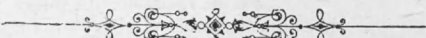
Una de las veces que revolvió la cabeza para observar al leñador, le pareció ver que de la carga de leña surgían dos alas grandes y blancas.

Y al fin, una mañana, cuando la aurora pintaba en el cielo sus primeras pinceladas de luz y el sol naciente teñía de carmin el espacio, llegó el caminante al término de su viaje. Un intenso y embalsamado olor le desvaneció los sentidos

Tuvo en el Imperio de las Rosas el recibimiento que merecían sus bondades, sus abnegaciones y sus sacrificios. Y un día que movido por solicitud cariñosa hacía sus hermanos preguntó al Rey de las Rosas las causas que habían impedido á aquéllos, siendo valientes el uno, y sábio el otro, llegar hasta allí, oyó que el monarca le respondía con voz amorosa y suave, dulce como un arrullo, acariciadora como la de una madre, argentina y fresca como la de un niño, atrayente y llena de armonía como la de la mujer amada:

—No pudieron llegar hasta aquí porque para entrar en mis reinos, no basta ser valientes, ni hermosos, ni sabios: es preciso ser buenos.

LUIS VILLAZUL.



MORRIÑA

(Carta abierta)

Amarrado al duro banco
que tengo en la Biblioteca
ambas manos en los libros
y ambos ojos en la tierra
sugestiva, inexplicable
sublime de Pontevedra,
querido Torcuato Ulloa
me hallo con esa dolencia
intangible como el aire,
como la ilusión etérea,
sonrosada cual la dicha
y cual la esperanza bella,
que unos apodan nostalgia,
otros *spleen*, á la inglesa
y yo la llamo *morriña*
que es como mejor me suena,
de esos ríos azula los,
de esos montes, de esas breñas,
de esas giras, esos baños,
esos bailes, esas fiestas
y esos amigos del alma
que ignoro si aun me recuerdan.
¡Quién, con las alas de pájaro,
quien, digo, velar pudiera

de estas tierras catalanas
á esas mansiones gallegas
donde, aunque el campo es más triste,
la vida me es más risueña!
¡Quién por consuelo á sus males
el don d vino tuviera
de convertir en dos flores
Barcelona y Pontevedra,
y cual mariposa errante
á un tiempo vivir en ellas!...
¡Quién cual igneo meteoro
cruzar pudiera la tierra
en lo que dura un relámpago
que estalla, vá, viene y ciega
antes que los truenos roncós
hasta nuestros oídos llegan!
Mas todo esto es fantasía
de frente calenturienta,
planes forjados en humo,
ilusiones y quimeras.
Amarrado al duro banco
que tengo en la Biblioteca,
no puedo pensar en alas
ni en las de Icaro, de cera.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

INVERNALES

Á MI MADRE

Me acerqué á la ventana, dobles cristales
la cierran todo el tiempo que dura el frío.
y entre sus dos vidrieras, las inmortales,
casas flores postreras que da el estío,

Sobre musgo posadas, allí perecen
á los fieros rigores de la invernada;
las ponen como adorno, pero parecen
una mustia corona de amortajada.

Inmóvil, contemplando caer la nieve,
y siguiendo los copos en su caída,
y percibiendo apenas el ritmo leve
del corazón que teje su propia vida,

Ví surgir de otra tierra los horizontes,
de otro cielo las luces me iluminaron,
sobre mares azules ví altivos montes
que al chocar con el cielo se desgarraron,

Y en el cálido ambiente de Andalucía,
la torre que en destellos tiene un tesoro,
y el Alcázar, prodigio de orfebrería,
brillando junto al río de arenas de oro,

Y el patio con aroma de naranjales,
y encanto de los ojos, en la calleja,
con guirnaldas movibles y desiguales
de jazmines y rosas, la oculta reja.

Y ví luego la hermosa ciudad lejana,
bullíciosa y alegre como ninguna,
¿quién, cual ella, á sus gracias de cortesana,
tan pudorosas gracias habrá que una?

La sangre del progreso corre en sus venas,
el laurel la corona de sus conquistas,
y ora triunfe, ó vencido cante sus penas,
siempre será aquel pueblo de héroes y artistas.

Hay allí un suave encanto que en todo vive,
en el alma, en los ojos y en los cantares,
que en los picos del monte se le percibe
y se mece en las brumas sobre los mares.

Que dá al vivo entusiasmo las expansiones,
que envuelve el carro de oro de la fortuna,
que con el sol alumbra, y en los balcones
se posa cuando en ellos brilla la luna.



Allí del mediodía doquier se nota
el encanto indecible que esparce el cielo.
que es color y es ambiente, que brilla y flota
hasta en el fino polvo que cubre el suelo.

Inmóvil, contemplando caer la nieve,
y siguiendo los copos en su caída,
y percibiendo apenas el ritmo leve
del corazón que teje su propia vida,

Vi perderse á lo lejos las seductoras
imágenes queridas .. Bramaba el viento...
¿Qué sentí? Sentí lentas pasar las horas
¿Qué pensé? ¡Tu llenabas mi pensamiento!

SOFIA CASANOVA



Á LAS SEÑORITAS

Ustedes habrán leído
Periódicos extranjeros,
Y aún periódicos de aquí
Qué proponen casamientos.
Y en donde se ven anuncios
Verbi gratia. por ejemplo:
«Un muchacho de Chinchón
Con veinte duros de sueldo,
De buena naturaleza,
Tez morena y pelo negro,
Aceptará por esposa
A la mujer que á su tiempo,
Al solicitar su mano,
Lleve un dote medianejo»
«Nota.—El novio que se anuncia,
Es bien formado de cuerpo,
Habla un poco en andalúz
Y es lizco del ojo izquierdo.

Señoras y señoritas,
Yo en vista de todo esto,
Me decido á que mis prendas
Las sepan propios y ajenos.
Empezaré por decirles
Que *moralmente* soy bueno,
Mis acciones, son acciones
Dignas de los caballeros;
Físicamente, señoras,
Fijándose... no soy feo;
Tengo gracia natural,
Soy simpático en extremo,
Y hasta dicen por ahí

¡¡Qué tengo mucho talento!!
Tengo una mala costumbre
Que francamente confieso.
Y es que me levanto tarde,
¡Que paso el día en el lecho!
Señoras y señoritas,
Hay sus dudas sobre esto;
Hay muchas ¡muchas que opinan!
Que el dormir no es un defecto;
Como dice Calderón,
Arguye merecimiento.
Tengo un bigote, señoras,
Que no es ni rubio ni negro,
Y tengo el maldito vicio,
Señoritas, de mordérmelo:
Y no me creen las guías,
Pero dá gusto de verlo,
Mis labios son de coral
Y mis ojos son dos cielos;
Y en fin los dientes están
Por el tabaco algo negros.
Yo tengo cuello de cisne,
(Vamos, tengo largo el cuello)
Soy un joven desgraciado,
Conque si á alguna convengo,
Federico Boladera.
Su casa calle del Fresno,
Catorce, quintuplicado,
Interior, piso tercero;
Veinte golpes y repique
En el corredor vigésimo,
De una á dos, á cuantas gusten
Todos los días espero.

Por la copia

ALFONSO GARCIA NUÑEZ



El último número ha producido muy buena impresión, aunque sea inmodestia.

Muchos suscriptores nos escriben alentándonos para continuar la colección de vistas de Galicia, y los corresponsales nos dicen que los paquetes se vendieron como pan bendito.

La verdad es que siguiendo la publicación de vistas de paisajes y monumentos gallegos, el *EXTRACTO* vendría á ser al cabo de algun tiempo un álbum precioso.

Pero ¡si supieran ustedes lo que cuestan esos fotgrabados!

En fin, veremos.

Si el favor del público sigue aumentando, y la innovación puede introducirse definitivamente, la introduciremos.

Por tacañería no ha de ser, de eso estén ustedes seguros.

Correspondía á este número la sección quincenal de *Preguntas* que está á cargo de Labarta.

Por esta vez no ha podido ser y lo siento, por lo menos tanto como los lectores, pues me veo privado de las dos columnitas que hubieran sido la sal de este número.

Y no pudo ser porque Labarta, que ya estaba bien, ha vuelto á po-

nerse un poquillo mal, circunstancia que no le ha permitido escribir para el número de hoy.

Hagamos votos por su restablecimiento, porque Dios le ahuyente la aprensión que lo abate y porque vuelva pronto á ponerse en el *EXTRACTO DE LITERATURA* su pluma recogijada.

Pasó al lado. La miré.
Ella también me miró.
—Viva la sandunga ¡olé!—
la dije, y me replicó:
—¿Y á mi que me cuenta usted?

Y siguen los motines,
las asonadas
y todos ven las cuentas
muy mal paradas.
Estamos intranquilos,
y sin sosiego
pues se arma cada «bronca»
que canta el credo.
Para colmo de males,
colmo de penas,
las últimas noticias
no son muy buenas,
pues dicen que tenemos
cerca, muy cerca,
varios casos de cólera,
casi á la puerta.
Cuantos sustos, temores

y que emociones
(yo ya siento, señores,
retortijones.)

CORRESPONDENCIA

Sr. D. I. P.—Subidita de color y aquí debe V. saber que aunque no somos santos tampoco nos gustan los atrevimientos.

Camarin.—Sirve. Envíe V. el nombre.

Estacati.—Ese artículo no es del caso. Publicamos trabajos serios. Pero no tanto. Si eso hace llorar á las piedras.

Z. y Y.—Toda no; pero parte de su *poesía* la daré á conocer ¡vaya si la daré á conocer!

Ahí vá la muestra:

«El dulce aroma que exhala
el aliento de tu boca
es más puro y mas etéreo
que el mismo de una rosa.»

Y la inspiración de V. es mucho mas sublime que *la misma* de un marmolillo.

Sr. D. A. F.—Se publicará, si, pero no tenga V. prisa. Los colaboradores asiduos tienen preferencia y no siempre se puede complacer como V. quiere al último que llega.

Barbo.—Bueno. Pero *inbierno* no se escribe así, con esa *b* espantosa.

Manolin.—La verdad es que el gallego que sale chistoso...

Sr. D. P. A. L.—No sirve.

Sr. D. A. C.—Ni esa.

Cañoto.—

Pues si esas dos no sirven, señor Cañoto, puedo á usted asegurarle que ésta tampoco.

La correspondencia literaria y administrativa, al Director de

esta revista, Torcuato Ulloa, Santa María, 6.—Pontevedra.

SUMARIO

TEXTO.—*El General la Portilla*, (semblanza) — *Crónica de la semana*, por Torcuato Ulloa.—*Remembranza*, (soneto), por Eduardo Luis del Palacio.—*Un cabecilla*, por Ramón del Valle-Inclán.—*No huyáis*, por Renato Ulloa.—*El imperio de las Rosas*, por Luis Villazul.—*Morriña*, por Carlos Osorio y Gallardo.—*Invernales* (A mi madre), por Sofía Casanova — *A las señoritas*, por Alfonso García Núñez.—*Gránulos.*—*Correspondencia.*—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del General la Portilla, fotograbado de Juarizti y Mariezcurrena.—Ilustraciones de Julio Gros.—Viñetas.

COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA

DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Incorporado al Instituto de Santiago
Se admiten alumnos de Facultad.

Azabachería 8—Santiago.

LÍNEA REGULAR DE VAPORES

TRASATLÁNTICOS

de F. Prats y Compañía

Sociedad en comandita entre la Península, México y Estados Unidos

Viaje directo para Puerto-Rico, Habana y Cienfuegos.

Saldrá el 27 de Agosto de 1893, el nuevo vapor español JUAN FORGAS, de 5100 toneladas. Admite carga y pasaje para dichos puntos y también carga con trasbordo para Progreso, Campeche, Veracruz, Frontera Tuxpana y Tampico.

Su consignatario en Pontevedra y Marín D. JOSÉ RUESTRA.

EXTRACTO DE LITERAURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.
» » » semestre, 3'50 idem.
» » » año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.
» » » año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

COMPañIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires y el Pacífico.

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médico-quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo *D. Manuel Bárcena y Franco*. En Villagarcía, Carril y Caldas, *D. Laureano Salgado*, *D. Alfonso Rueda* y *D. Manuel Carús*.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 50 de Setiembre de 1893 saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco, Rio Janeiro y Santos el vapor

Medoc

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía. En Vigo *D. Francisco Tápias*, Arenal 128; en Coruña *Sres. Arce y Comp.ª*, Real 37, y en Pontevedra y *Marin* *D. José Riestra López*.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.